

confianza en el apoyo que pudiese continuar pres-tándole Sesostris, según expresión de Voltaire, creyera ó no, como el filósofo de Ferney, precario este apoyo, prosiguió impávido su camino decretando la libre circulación de los caldos por el interior, como antes había decretado la de los cereales, medida que Voltaire le aplaudió con frenético entusiasmo.

¿Pero cómo despedir á Turgot á quien tan alto había colocado su lucha con el Parlamento y su triunfo? Para despedirle era preciso principiar por indisponerle con el monarca. Echóse, pues, mano de los medios que llamaremos honestos, para tener derecho luégo á llamar viles los medios que se emplearon para enzarzarle con Luís XVI.

Los medios honestos, fueron hacer presente al rey por medio del Parlamento, la necesidad de poner remedio á tantas publicaciones como diariamente salían á luz, atacando «los antiguos é inmutables principios que debían servir de regla á la conducta de los pueblos,» estos principios eran los del gobierno absoluto, feudal ó despótico, que en efecto, atacaban todos los filósofos, economistas y publicistas de la época, en nombre mismo de los intereses de la monarquía que nadie pensaba en derribar, y sí, muchos, enderezar por mejores caminos.

Uno de los escritos que más llamaron la atención fué *El Perfecto monarca*, obra de Lanjuinais, el hermano mayor del célebre representante de Bretaña. Lanjuinais, atacaba los derechos feudales con la mayor energía, legitimando hasta sino el derecho, la necesidad de la insurrección para destruirlos, y como tipo del perfecto monarca, presentaba precisamente al emperador de Austria José II, al propio hermano de María Antonieta. Véase, pues, cuán fácil no le hubiese sido á la monarquía francesa atraerse á todos los liberales del reinado de Luís XVI. Pero como los liberales eran los primeros en pedir que el rey no legislase, que no tuviese facultad de lanzar *lettres de cachet*, facultad que Malesherbes quiso entregar á un tribunal especial, quedando la cosa en proyecto, y todo esto era atacar la regia prerrogativa, con lo que no transigía por espíritu de sistema el mismo Luís XVI, nada tan fácil como presentar á éste los inmensos peligros que le cercarían tan pronto dejase que su autoridad sufriera tan considerables mermas.

El Parlamento acogió la ocasión que *El Perfecto monarca* le daba, para lanzar un nuevo dardo contra Turgot, tan envenenado como los anteriores, pues, declaraba por boca de Séguier, que de tales escritos quien tenía la culpa era «el economismo, doctrina letal,» «producto de la efervescencia que el amor de

la libertad indefinida, de que están atormentadas todas las naciones, ha hecho nacer en los corazones,» y cuyos promovedores, «predicadores insensatos y furiosos, se prometen destruir todos los gobiernos, bajo el pretexto de reformarlos,» Turgot, á quien ya la situación se hizo intolerable, ó tal vez para probar hasta dónde llegaba la firmeza de Luís XVI, cometió la imprudencia de dirigir una carta directa á Séguier, protestando con energía de sus palabras, carta que éste presentó al Parlamento, y de la que naturalmente éste pidió satisfacción al rey. Nosotros creemos que hubo de ser en este momento, cuando Turgot escribió á Luís XVI, diciéndole «que el fin que esperaba á un monarca que se dejaba gobernar por sus cortesanos, era el de Carlos I ó el de Carlos IX,» esto es, la hacha del verdugo ó el puñal del asesino, pero esta vez el espectro de Carlos I no asustó al joven rey, á quien la entusiasta adhesión de toda su corte para destruir su ministro de Hacienda, pudo hacerle creer que tenía fuerzas para resistir á todas las cabezas redondas de la democracia francesa. Luís no hizo por de pronto nada. Ni dió satisfacción al Parlamento ni tocó de su lado á Turgot. El acto del 3 de Mayo de 1776, no había producido resultado. Era, pues, necesario recurrir á los medios viles.

Una de las infames costumbres del antiguo régimen, era apoderarse de la correspondencia particular, cuando creía poder descubrir en ella algo interesante. Turgot y Malesherbes, el año anterior, en 18 de Agosto de 1775, habían hecho dictar por el gabinete un decreto censurando el Consejo superior del Cabo, Isla de Santo Domingo, por haber empleado en justicia cartas interceptadas, previniéndole que aplicara á los que se habían hecho reos de tal delito el rigor de las ordenanzas, «considerando que todos los principios ponen la correspondencia de los ciudadanos entre el número de las cosas sagradas, de las cuales los tribunales, lo mismo que los particulares, han de apartar los ojos,» reprimiéndole que hubo de quedar sin efecto, pues, el mismo Luís XVI que la había autorizado, se iba á hacer cómplice de tan grave é inmoral falta, abriendo una carta de Turgot, cuya letra habían falsificado sus cortesanos, carta en la que se habían escrito las mayores insolencias contra la reina, el rey y Mau-repas. Desde este momento, Luís abandonó á su ministro.

Voltaire que no quería morir, sin saber si en efecto, Turgot, contaba con el apoyo de Sesostris, podía morir al fin. Turgot no contaba con el apoyo del rey.

Maurepas principió su ataque promoviendo una querrela que hizo abandonar su puesto á Malesherbes, pero Turgot, que en otras circunstancias hubiera seguido á su compañero, no abandonó el suyo, haciendo su causa común contra su enemigo. El rey abandonaba el ministro que había de reclamar años después el peligrosísimo honor de defenderlo delante de sus irritados jueces. Iba, pues, ahora, á ser preciso, decir lisa y llanamente á Turgot, que se marchase, ya que tampoco aprovechó la oficiosidad de un amigo, que se encargó de decirle que presentase su dimisión. Luís XVI se encargó, por fin, de despedir á su ministro.

Era el día 12 de Mayo de 1776, fecha que señala el principio de la revolución, el principio de la caída del antiguo régimen, cuando Turgot se presentó á despachar por última vez con Luís XVI. Turgot leyó al rey la exposición de motivos de un nuevo edicto, que Luís escuchaba con impaciencia. Cuando hubo terminado, le preguntó el rey, si aún había algo más, y habiéndole contestado el ministro:—«Sí, señor.»—«Tanto mejor,»—le respondió Luís XVI, y volviéndole la espalda se marchó. Ni el agravio, ni el desaire, hicieron cambiar á Turgot de resolución. Luís, ya impaciente, dos horas después, le enviaba la orden destituyéndole.

El primer ministerio de Luís XVI «había vivido,» pero el muerto era Luís XVI. El pueblo iba á saber ahora, de qué manera el rey despedía á los ministros que aplaudía, á los que se interesaban por su bienestar y progreso; y el agravio y la insolencia del rey, iba ahora á sentirlos la nación, como si los hubiese recibido directamente. Luís XVI acababa de romper con los hombres que querían salvar el trono y la dinastía, transformando el régimen monárquico; cuando de nuevo vuelva á entregarse Luís á estos hombres será para perderlos, porque de nuevo los abandonará ó traicionará como abandonó y traicionó á Turgot.

Pero Turgot pagó al autor de su «desgracia» con un beneficio que tampoco supo aprovechar. Este beneficio, fué una carta como hasta entonces no había leído otra Luís XVI, ni había de leer otra parecida en lo sucesivo de ninguno de sus ministros.

«Señor,—le decía;—yo he hecho lo que he creído que era de mi deber, al exponeros con una franqueza sin reservas y sin ejemplo, las dificultades de la posición en que me hallaba colocado, y lo que yo pensaba de la vuestra... Todo lo que yo deseo es que podáis siempre creer que ví mal, y que yo no os mostraba más que peligros imaginarios. *Yo deseo que el tiempo no me justifique.*»

Posible es, que el 12 de Mayo de 1776 fuera un día de júbilo para la corte y para Versalles, lo que sí podemos asegurar, que fué para París y para Francia un día triste, pues, ningún espíritu previsor pudo dejar de temer por las miserias del presente las que se esperaban en un porvenir inmediato. En todas partes no se oían más que juramentos, protestas y lamentaciones por la caída del ministro, lo mismo en las calles que en los templos: en San German l' Auxerrois, un joven sacerdote, subió al púlpito para hacer el panegírico de Turgot. Este sacerdote era el elocuente y entusiasta abate Fouchet, á quien negó en lo sucesivo el arzobispo de París, licencia para subir al púlpito, en castigo de su falta; pero el pueblo iba á darle á Fouchet dentro algunos años un púlpito, desde donde iba á predicar á todos sus feligreses del mundo entero.

Cuando la noticia llegó á Ferney, el anciano octagenario que allí vivía en espera de la muerte que había de tardar aún, lo que había durado el gobierno de Turgot, cogió la pluma y escribió una epístola. ¿A quién iba dirigida? *A un hombre.*

Philosophe indulgent, ministre citoyen,
Qui ne cherchas le vrai que pour faire le bien;
Qui d' un peuple léger, et trop ingrat peut-être,
Preparais le bonheur et celui de son maitre,
Ce qu' on nomme disgrâce á paye tes bien faits.

Voltaire nos parece dar la nota justa del desastroso efecto que entre las gentes liberales é ilustradas causó la destitución de Turgot y de Malesherbes. A. M. de Pomaset le escribía en 4 de Julio de 1776 «que tenía poderosos motivos para esperar, pues había dos verdaderos filósofos en el ministerio. La tolerancia era el primero de sus principios, y entrambos se han retirado en un mismo día, después de haber hecho todo el bien que de ella se podía esperar en tan corto tiempo.» De estas esperanzas tan pronto desvanecidas lamentaban desesperados la ilusión los que veían la inminencia de una catástrofe. Voltaire, tan pronto tuvo conocimiento de la caída de Turgot, escribió á su amigo de Vaines,—carta del 17 de Mayo, cuatro líneas. Son las siguientes:—«¡Ah, Dios mío! ¡qué noticia más funesta acabo de saber! ¡Francia ha sido por demasiado tiempo dichosa! ¿Qué será de nosotros?... Estoy aterrado y desesperado.»

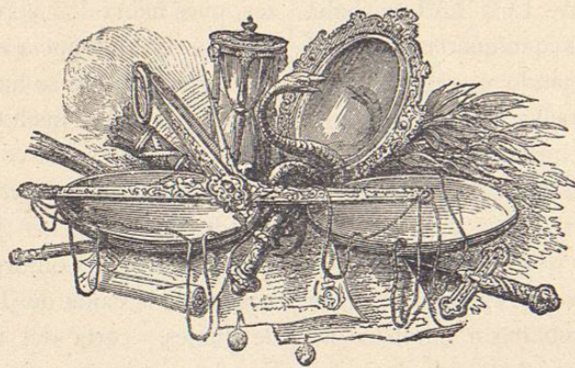
Y Voltaire no exageraba ni mentía. Al célebre la Harpe le escribía que no llegaba á concebir como se había podido lanzar del poder á Turgot,—carta del 10 de Junio.—«Delante de mí, desde que se ha destituido á M. Turgot, ya no veo más que la muerte,» dice en esta carta, y esta es la idea fija de Vol-

taire durante mucho tiempo, como lo prueba su correspondencia. El solitario de Ferney sentía por la pérdida del ministro el mismo inconsolable dolor que siente un hijo por la pérdida de sus padres, y, como no, si Voltaire no veía en Turgot más «que al padre del pueblo.»—Carta á M. Dupont del 15 de Junio. Lo que mantenía en Voltaire, y lo mismo en todo el país este estado de irritación, es lo mismo que decía á la Harpe en la mencionada carta. «Ni Condorcet... ni de Alembert; ni ellos ni yo, nos consolaremos jamás de haber visto nacer y morir la edad de oro.»

Markin se pregunta si Turgot hubiese dado á Francia esa edad de oro á lo menos en lo posible. Si Turgot fisiócrata hubiera reconocido á tiempo los errores del sistema económico de Quesnai.—«El principal de estos errores,—dice,—desde el punto de vista administrativo, era el impuesto único sobre la propiedad territorial. Pero antes de llegar á esta aplicación completa de la teoría, el plan de Turgot comportaba una vasta serie de reformas, todas excelentes, todas incontestables... ¿Si la prueba no hubiese dado resultados ó no hubiera de por sí producido la reforma de la economía de Quesnai y de Turgot por el sistema económico de Smith, y la

admisión de los industriales y comerciantes á los desvelos lo mismo que á las cargas hasta entonces solo atribuidas á los propietarios del suelo? ¿La *grande municipalidad*, no hubiese traspasado con el tiempo los límites que le fijaba Turgot, y no hubiera conquistado el voto deliberativo y las atribuciones de una asamblea nacional, preparando así el camino á una lejana democracia por medio de transformaciones progresivas?»

Esto pensarían los hombres previsores del siglo XVIII y de aquí su desconsuelo por la retirada de Turgot. Voltaire, podía, á los 81 años, contentarse llamando á la muerte. Pero la juventud no renuncia tan fácilmente á la vida. La juventud, pues, hubo de decirse lo que Voltaire decía á Giu, en Junio de 1777, al acusarle recibo por haberle enviado su libro intitulado *De los verdaderos principios de gobierno*:—«*Despótico y monárquico* son siempre la misma cosa para todos los hombres de corazón y para todos los seres sensibles. *Déspota (herus)* significa *señor*, y *monarca* significa *único señor* lo que aún es más fuerte.» Y, en fin, «que más le da á un hombre ser devorado por un león que por cien ratones.» Así se pensaba al espirar el antiguo régimen, y así se formaba la opinión revolucionaria.



CAPITULO II

LA GUERRA DE AMÉRICA

Reacción política.—Se destruye la obra de Turgot.—Clamores de los banqueros y de la opinión pública.—Maurepas llama á Necker.—Dificultades para su nombramiento.—Es bien acogido en todas partes.—Quienes eran los que le hacían oposición.—Actitud del clero y de los economistas.—Entra en lucha con el Parlamento.—Epremesnil pide la reunión de los *Estados generales*.—Actitud de Necker.—Reformas.—Obstáculos que encuentran.—El Parlamento.—La guerra de América.—Declaración de la Independencia de las trece colonias americanas.—Efecto que causa en Europa.—Carta de Franklin.—Franklin, embajador de las Colonias-Unidas, en París.—Actividad y actitud de Franklin.—El conde de Aranda, embajador de España en París.—Su actitud.—Es favorable á la intervención de España.—Franklin visita á Turgot y á Marat.—Lafayette.—Su marcha á los Estados-Unidos.—Efecto que causa su partida.—Lafayette en el combate de Brandywine.—Kosciusko en las alturas de Behenus.—Rendición del ejército inglés.—Efecto que causa su pérdida en Europa.—Francia quiere decidirse y arrastrar á España.—El conde de Florida-blanca se niega.—Actitud del gobierno inglés.—Lord Chattam.—Francia reconoce la independencia de las colonias.—Guerra de hecho entre Francia y los Estados-Unidos ó Inglaterra.—Batalla naval de Ouessant.—El duque de Chartres.—Se le retira injustamente su mando.—La guerra en América.—Combates de Estaing.—Intervención de España.—Insidiosos proyectos de paz que presenta.—Son rechazados.—España se une á la coalición y declara la guerra á Inglaterra.—Plan de campaña de Francia y España.—Se adopta el del conde de Aranda.—Causas que produjeron su fracaso.—Funestas consecuencias del mismo.—El almirante inglés Rodney.—Derrota gloriosa de la escuadra española de Lángara.—Rodney en América.—Presa de un gran convoy inglés por la Armada española.—Los españoles en América.—Sus conquistas.—Regreso de Voltaire á París (1778).—Su triunfo.—Enfermedad de Voltaire.—Su retractación.—Su ingreso en la Masonería.

REVYÓ el gobierno, sin duda, en la necesidad de caracterizar la caída de Turgot y se entregó á la más injustificada reacción, como si los decretos innovadores del gran ministro no hubiesen sido acordados con sus colegas y con el rey en circunstancias normales, sino arrancados por la imposición ó por la violencia. Maurepas ó la corte, persiguieron una á una todas sus reformas, aún aquellas cuya anulación podían producir motines y hasta revoluciones. Así se restablecieron entre otras odiadas costumbres y gabelas de la época feudal, la prestación personal para la recomposición de los caminos y el restablecimiento

de las cofradías y gremios, si bien en este último caso la reacción no se atrevió á llevar las cosas hasta su último extremo, así consintió el cúmulo de profesiones incompatibles, y mediante una ligera contribución se autorizó para que pudiesen continuar trabajando los artesanos que se habían establecido al amparo del régimen de la libertad del trabajo.

Si estas medidas habían de tener por consecuencia inmediata soliviantar las pasiones populares, la gente financiera, asustada con una reacción tan desbocada como poco meditada ni justificada, se echó atrás, y primero los que habían ofrecido entre-